

Arte algo funerario

Mariano Rodríguez, Raquel Montes



Algunos lugares de la pintura

María Zambrano

Edición, introducción y notas de Pedro Chacón. Ilustraciones de Miguel Ángel Moreno. Madrid, Eutelequia, 2012, 256 pp.

El excelente gusto de la editora de Eutelequia nos tiene ya acostumbrados a seguir disfrutando del libro como objeto bello, pero esta vez se habría superado a sí misma con las ilustraciones y las fotografías de algunas de las pinturas de que nos habla en sus reflexiones la filósofa española. Este valor del objeto estético se acrecienta en otra dimensión con el trabajo del profesor Pedro Chacón dándonos todos los detalles relevantes con el fin de brindarnos el contexto completo, biográfico e histórico, del que brotarían estos profundos escritos. La edición supone la mejora de la anterior y primera, preparada en 1989 por Amalia Iglesias en colaboración con Rosa Mascarell, secretaria de María Zambrano, de quien habría partido el proyecto de la obra.

Para aproximarnos a la zambrana filosofía de la pintura caben sin duda diversas posibilidades, pero una de ellas sería situarnos en la plataforma óptica constituida por el tema de «el amor y la muerte en los dibujos de Picasso», o por el de lo sagrado, que vendría a ser a fin de cuentas lo mismo, en los de Federico García Lorca. El anhelo de muerte, ese viaje de vuelta a lo inanimado del que nos habló Freud, y que habría que aprender a respetar, lo quiere ver realizado Zambrano porque a su juicio esa es la única manera de dar cumplimiento definitivo al amor. Pues que el amor es la pasión suprema, que lleva a las demás pasiones a matarse a sí mismas para así realizarse en la liberación o paz absoluta a que todas ellas aspirarían en el fondo. El camino

del amor, caminado hasta el final, es el mismo camino de la muerte, se trata al fin y al cabo de la identidad de Dionisos y Hades que había subrayado en el comienzo de nuestro pensar el padre Heráclito. En un texto de María del sesenta y tantos, sobre «La muerte de Dios», habíamos podido leer que el hombre mata a Dios porque su amor a Él habría llegado a tal extremo que ya no puede tolerar la distancia que siempre nos separará de todo aquello que todavía está vivo. Solo la muerte igualaría de verdad, de ahí que solo ella pueda cumplir el amor sin que el cuerpo mismo muera del todo y, con él, la posibilidad siquiera de su sombra o su fantasma. A los muertos sí que los tenemos, no digamos ya cuando nosotros aprendemos a ser también esa muerte, a fin de nombrar, dar color, a esa ausencia tan presente.

Pero la muerte que consigue realizar el amor no es la muerte que nos hundiría en la nada, habría que distinguir cuidadosamente la mística de San Juan de la Cruz, con su orientación a la vida superior o verdadera, de la mística quietista, «nadista» o nihilista, de Miguel de Molinos. Ahora bien, el arte del pintor sería el despliegue de esta mística vitalista que hace ser de verdad ya que encuentra en el tiempo mismo la posibilidad viviente de lo que es eterno: «Y así el medio –el arte– que mejor le ofrece al fantasma ese instante perenne es el de la pintura. La pintura que es ya de por sí un extraño fluir que permanece, un río temporal que se queda; no una forma de estar, sino del pasar, del pasar a...ser o hacia el ser más que hacia la realidad» (p. 44).

Por eso el pintor por antonomasia para María Zambrano no podía ser otro que Zurbarán, lo cual no va a impedir que el mismo núcleo de su pensar se revele de la manera más palpable en su reflexión sobre contemporáneos amigos, como sobre todo Juan Soriano, pero también Luis Fernández o Armando Barrios. Por eso, también, se apresta nuestra filósofa a reconocer en la cultura española «el lugar de la pintura»: «Todo ello corrobora que la pintura en España cumple una función independientemente, sin obedecer a nada que no sea su *propia ley*, que el carácter religioso *le viene de ser pintura en toda su pureza y nada más*, que muestra la religión primitiva que brota de las entrañas mismas de la condición humana. Es el misterio de la pintura» (p. 54). No solo es ese misterio de la pintura, como misterio religioso, la obsesión personal de María Zambrano que ella misma reconoce, sino que sería asimismo el misterio de lo español, habida cuenta de que España es para ella el país sagrado por excelencia. No en vano arrancarían estos escritos de filosofía de la pintura de los tiempos inmediatamente anteriores a la Guerra Civil, cuando preocupaba tanto a la filósofa dar con una clave de la cultura española que no nos implicara en la falsificación que iba a poner en obra el nacionalismo de los futuros vencedores.

Entrar en contacto con la materia sería lo que privilegia a la cultura española. Por mucho que se supere en la forma conceptual, la *physis* o lo sagrado nunca va a poder quedar eliminado, y de esta imposibilidad, pre-

cisamente, daría testimonio el arte del pintor. Otros pensadores de tiempos similares en su tragedia, como Adorno o Benjamin, también se obstinaron en defenderse del concepto y sus clausuras, esgrimiendo conscientemente para ello un cierto hermetismo, como Kafka con sus parábolas sin clave. Se trata de abrir paradojas y oposiciones sin aspirar a cerrarlas.

La pregunta de María Zambrano, el ansia por la materia, sugiere y abre caminos. No andados, acaso, no sidos del todo, como la ilusión de los que se siguen ilusionando con el fondo, con lo hondo. Eso no transparente, eso que se oscurece frente a las pretensiones de claridad, eso que sin embargo siempre está pasando, como pasa todo y lo que más la vida. Que no intenten engañarnos, que no nos confundan, la vida pasa, está pasando. Quien se atreva puede pasar con ella, y en ese pasar, como María Zambrano, sin durar perdura. Dando, ofreciéndonos «un poco de tiempo», como ella lo vive y lo entiende: *la fijación de un instante perenne*. En estos escritos se escucha una voz que invita a esta especial trascendencia, no tanto mística como necesariamente hermética. Una necesidad sin deducciones, de la que habla y da testimonio lo asediado, cuando poseemos la valentía de disponernos a escuchar e incluso a intentar responderle, cuando miramos, cuando vemos y nos vemos en un cuadro, en su aura. Otro filósofo «hermético» aludía a ello, incansable, insistentemente, hasta su último alienato, su última osadía, en Portbou: «la capacidad que tienen las obras de arte de devolvernos la mirada».

Una mirada que se da y se devuelve, no desde lo que nos conformamos por hábito con entender por «lo visible», sino una mirada que trasciende la paradoja, y al vivirla nos hace recordar, recuperarnos, sanarnos, y entrar en comunicación con esa ceguera sobre la que reposa nuestra visión. No solo con la claridad del concepto, del logos, presuntuosamente ajena a la *physis* que sería en realidad su condición y sustento. Si seguimos a María Zambrano, junto a ese logos hallaremos también otra cosa, nada abstracta ni mucho menos compleja. Algo que podría enseñarnos a escuchar los deseos de la filosofía, como cuando el fantasma de María Zambrano, y con él la pintura, piden eso, solamente, y tanto: un poco de tiempo.

No nos dejemos convencer, no es de los fantasmas de quien debemos protegernos. De las orillas que los textos de María Zambrano no nos dicen, no nos nombran, pero sí nos indican, llegan hasta nosotros voces, testimonios verdaderos, palabras que piden tiempo. Se lo demos o no, ya lo tuvieron o lo tienen, porque lo fueron, tiempo, vivo, vivido, precisamente cuando todo parece querer convencernos de la muerte. Hay que aprender de todo ello y estar dispuestos también a verlo.

A veces hacen falta máscaras para tratar de mostrar que merece la pena acercarse a la materia de que estamos hechos. No es clara, transparente, no es precisa ni mucho menos sistemática, pero es la condición o congruencia de lo que somos. Algo con lo que María Zambrano nos invita a reunirnos, como ciegos que descubren el volu-

men de las formas antes de entender los contornos de lo que acostumbramos a llamar palabra, razón, ¿pensamiento?

Este libro es un libro inagotable, en su riqueza de sentidos, un libro que

casi podría ser todos los libros, leído una y otra vez y cada una de nuevo, cada vez una lectura diferente.

.....
MARIANO RODRÍGUEZ y RAQUEL MONTES son profesores de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid.